Aquellos tiempos del S. E. U.

Por Rafael PEREGRINO

AQUELLOS tiempos del S. E. U. fueron muy divertidos. Por lo menos entre 1956 y 1964. Las Jefaturas Provinciales de aquel Sindicato —que nunca se entendió muy bien cómo podía ser el único «horizontal» en un sistema sindical «vertical» y, además, no depender de Sindicatos— campeaban por sus respetos en un reino de taifas a veces delicioso y no pocas veces liberal. La Jefatura Nacional era un poco el exponente de la situación. Los chicos de la F. U. D. E., que se ganaban unas perras en las secciones culturales del S. E. U. para paliar sus maldichas economías, salían de los locales de Quevedo, número 8, para sumarse a los manifestantes que daban vueltas y más vueltas a la glorieta al grito monótono de «¡S. E. U., no!».

Uno cogía los panfletos en los que se atacaba al S. E. U., o en los que se hacía profesión de una contestación poco grata al Poder, se miraban al trasluz, y aparecía el filtro de agua dibujando el cisne de Cisneros con su tablero ajedrezado. El símbolo del S. E. U., cuyas remesas de folios alimentaban las panfletadoras de todos los colores. Hasta en la sala de Juntas de la Jefatura Nacional había una pesada biblioteca de madera adosada a una pared, y que permitía abrir uno de sus elementos para dejar paso a una habitacioncita camuflada. Quizá todavía esté allí aquel curioso escondrijo, que probablemente ni quien lo mandó construir sabía muy bien cuál pudiera ser su utilidad.

El S. E. U. acabó por resultar simpático porque cumplía su tarea asistencial y políticamente era un organismo mártir. El último S.E.U. fue una entidad-colchón entre la Universidad y la Administración, que se llevaba todas las patadas. Sus últimos cuadros de mando lo entendían así y pasaban por el

Sindicato en «rodaje» hacia un cargo de funcionario en Televisión Española o —los más ambiciosos políticamente— hacia las esferas del Movimiento o de la Organización Sindical.

A aquel S. E. U. le preocupaban mucho «Caceta Universitaria» y sacaba adelante sus propias revistas. «Signo» y su directo, Rafael González también inquietaban algo, no fuera a ser que hicieran buenas migas con la U. N. E. F. Unión Nacional de Estudiantes Franceses). Pero luego todo quedaba en agua de borrajas, porque resultaba que algún mando del S. E. U. era colaborador de «Signo» o porque Andrés Garrigó —quizá el mejor director de «Gaceta Universitaria»— se paseaba de visita amigable por la Redacción de «El Estudiante», del S. E. U.

El penúltimo jefe nacional del S. E. U. —Daniel Regalado— quiso hacer algo y duró cincuenta y cinco días en el cargo. Tenía que ser así, porque el Sindicato ya no estaba «para bromas». Se equivocó Regalado cuando afirma que el S. E. U. murió por la derecha y no por la izquierda. El S. E. U. se hundió en su propio centro y el Gobierno hizo muy bien en desvalorizarlo a mera comisaría asistencial. Daniel Regalado, sólo fue el catalizador del derribo. Desde luego tuvo un mérito: lograr que su discurso de apertura académica en 1964 fuera —por vez primera— aplaudido por los estudiantes y pateado por los catedráticos. Pero Daniel Regalado, que creo quería denunciar honestamente una serie de problemas estructurales de la Universidad que ahora se patentizan, cometió un error de apreciación: creer que el S. E. U. seguía teniendo la fuerza y el crédito de antaño ante la Administración y ante la Universidad.

Así murió el S. E. U. (como le

correspondía, con un canto de cisne), sin lágrimas ni inquina. Ni los más exaltados antiseuistas descorcharon una botella por el deceso, porque no merecía la pena el gasto. Aquel último S. E. U., dicho sea en su honor, ni despertaba fervor ni suscitaba odio. Estaba fuera de época.

A mí me merecen mucho respeto los epígonos del cisne de Cisneros que ahora tocan la música nostálgica de aquellos tiempos del S.E.U. De entrada tienen un mérito: reconocen que al S. E. U. no hay quien lo rescite. Pero argumentan sobre el espíritu de aquel original Sindicato, añorándolo y hasta proponiéndolo como solución válida a algunos de los problemas que ahora padece la Universidad. Lo malo de este asunto es que, por pura casualidad cronológica, la última crisis de la Universidad vino a renglón seguido de la desaparición del S. E. U. Y, claro, resulta de lo más fácil relacionar lo uno con lo otro. «No hay S. E. U., "ergo" la Universidad se viene abajo.»

Pues, no. En la Universidad no hay ningún vacío —el presuntamente dejado por el S. E. U.—, sino un «llen» completo. Un «llen» de problemas administrativos, docentes, económicos, organizativos, sociales y profesionales, que ni el mejor S. E. U. del mundo podría resolver. Que sólo resolverá la acción coordinada del Gobierno y de muchos estamentos de la sociedad hasta ahora desinteresados de la Universidad junto con una representación estudiantil simpl. y sincera.

Evocar el fantasma del cisne es una nostalgia que respeto, pero que me parece una forma como otra cualquiera de perder el tiempo o de escamotear los verdaderos problemas de la Universidad. Dejemos a los muertos en paz, sus cuerpos y sus espíritus.